

*Franco,
jefe de Estado*

Léon Degrelle



editorial Kamerad



Franco, jefe de Estado

Léon Degrelle

Franco, jefe de Estado

Franco, era la calma y la eficacia.

¿Era un genio?

¿Genial, Franco? Francamente no. Al menos en el sentido que esto comporta, en una proyección, en que un aspecto u otro desborda la desmedida. Caso típico de Napoleón. Caso de Hitler, en sus cargas a tumba abierta y sin medios suficientes a través de un Imperio soviético incapturable, o en su plan de eliminar el anticuerpo judío, irrealizable universalmente, por tanto a rechazar políticamente.

Franco, al contrario, era un hombre absolutamente normal. Normal físicamente, bastante bajo, más bien regordete desde los cuarenta años, comía moderadamente, apenas bebía, no sufría de nada, ni siquiera de la terrible herida en el vientre que había encajado asaltando un monte marroquí de donde fue bajado conteniéndose los intestinos en su casco. Era infatigable recorriendo kilómetros, cazando, pescando. Su máquina corporal estaba bien hecha, rudo, sin florituras. Presidía el consejo de ministros durante ocho horas, diez horas, jamás cansado, no se levantaba nunca, mientras que sus ministros, más jóvenes, se les iban los ojos, nerviosos, hacia la puerta solemne, tras la cual podrían, ¡al fin!, aliviarse o fumar.

Franco era de sílex. La salud para un jefe de Estado es un factor crucial. Richelieu, de la cuál carecía, libró una lucha terrible con sus enfermedades, sin tregua perjudicado por ellas. Napoleón fue vencido en Waterloo tanto por su cáncer, que ya entonces le entorpecía, como por la impasibilidad de Wellington. Mussolini estaba paralizado, a menudo por su estómago deteriorado y Hitler pasaba a veces horas, en bata, mirando su poder burlado al final de un brazo que temblaba sin fin. Algunos meses antes de morir, Franco, pescaba todavía el esturión. Siempre, físicamente, salvo muy al final, fue tan normal y fuerte como un leñador de Galicia acumulando sus troncos de pinos.

Normal, lo fue también en el plano intelectual, era un empollón incansable: en la Escuela de Guerra, a la cabeza de sus primeros soldados, en la Academia Militar de Zaragoza, en el Alto Estado Mayor, no destacó jamás de modo extraordinario, pero les ganaba a fuerza de lucidez, constancia, tenacidad. Fue el general más joven de su época. Fue el más joven sin parar en todo. Pero sin florituras.

Me acuerdo de mi extrañeza cuando tuve el privilegio de estudiarle de muy cerca, en su gran cuartel general, en su modesta casa solariega próxima a Zaragoza, durante la Guerra Civil Española de 1936-39. Con nosotros estaba su cuñado Ramón Serrano Suñer, entonces ministro de Interior, más tarde de Exteriores. Ramón, brillante, de espíritu afilado como una espada toledana, apasionado por todo aquello que es cultura y belleza, proyectado políticamente hacia lo nuevo y audaz, pegado a su tiempo, me causó una considerable impresión.

“*El verdadero jefe del Estado español es él*”, me dije. Cinco años más tarde, Ramón ya no existía ministerialmente hablando. Pero treinta y nueve años más tarde, el caudillo, siempre de excelente humor, levantaba aún al final de sus brazos cortos, las viejas tierras ibéricas completamente regeneradas por su inmensa acción. Ramón Serrano Suñer era ciertamente más genial, se habría, quizás, dejado arrastrar por las corrientes de la época, embarcando a España en la gigantesca pelea guerrera de los fascismos. Quizás, también, el mundo hubiera cambiado por ello. Con Franco, ponderado como una tortuga, decidido a mantener a cualquier precio su país fuera de todo riesgo, el mundo no cambió, encontró sus queridos y viejos problemas democráticos. Y España no conoció sobresaltos que hubieran podido tal vez levantarla

en determinados momentos internacionales, pero también abatirla para siempre.

Franco era ante todo un calculador. No avanzaba un peón sin antes haber sopesado y juzgado todo interminablemente. Un día, durante el último invierno de su *Cruzada*, me permití decirle: “*¡Dura mucho tiempo vuestra guerra!*”

Y era cierto. Lanzando más rápidamente, con menos dilaciones sus tropas a la hoguera, Franco habría terminado su guerra un año antes. Pero no era éste su estilo. No lo fue nunca. Cada iniciativa no nacía de él más que al final de una muy larga incubación. Franco, el prudente. Prefería los inconvenientes de la espera a mayores o menores precipitaciones.

Él me miró pues, por el rabillo del ojo, por encima de su gran mesa de billar verde.

“*Sí, León*”, me respondió. “*Es cierto lo que usted dice, pero no olvide esto: nosotros nos tomamos siete siglos para expulsar a los moros, y no nos impidió sin embargo que les echásemos.*”

Visiblemente estaba dispuesto, si la prudencia lo recomendaba, a emplear siete siglos, él también, para expulsar a los republicanos.

Esta táctica no sólo le hizo ganar la guerra con un número mínimo de pérdidas, sino también le salvo en 1945, cuando el conjunto de los aliados se juramentó arrancarle la piel. El batacazo se evitó porque a lo largo de tres años supo capear pacientemente el temporal.

Esta paciencia aplicada le permitió, luego, transformar su país de arriba a abajo. ¿Lentamente otra vez...? Sí. Pero en treinta años hizo más que todos sus predecesores en trescientos años. ¡Entonces...!

Imperturbable, cualesquiera que fuesen las circunstancias, él sólo actuaba sobre seguro, no se excitaba jamás. Esperaba ante el vado todo el tiempo que hiciese falta, mientras franquearlo fuese arriesgado, pero lo franqueaba, sin embargo, cada vez, sin apresurar el paso, sin mostrar vanidad una vez el vado estaba franqueado.

¿Cómo trataba él a aquellos que le rodeaban?

Su método era invariable: tiempo, cálculo, prudencia. Le gustaba elegir como colaboradores a personas que conociese de mucho tiempo atrás. En especial militares, que él podía tener mejor entre sus manos, ligados a él por la disciplina de los cuarteles y que devolvía su puesto, sin problemas, el día en que su colaboración personal ya no le interesaba particularmente. Una condecoración, un saludo, el general o coronel guardaba su gorra, su sable y partía, boca cerrada, hacia su nuevo destino, Ceuta, Lérica o La Coruña.

Los espíritus súper-distinguidos sólo le interesaban si ellos podían tener ideas sensacionales, complicando a menudo las cosas y rápidamente perturbados por la vanidad. Prefería de lejos, la forma de Luis XIV, de los grandes servidores aplicados, que no le hiciesen nunca sombra. En cuanto a él, no tuvo nunca que liquidar costosamente a un Talleyrand o Fouché.

En democracia, un hombre político, acosado por la oposición, debe mostrar en muy poco tiempo todas sus posibilidades, esa elección metódica de ministros sin brillo arriesgaría en estancar el Estado en la mediocridad. El hombre medianamente dotado por los dioses tiene necesidad de disponer de mucho tiempo si quiere dar toda su medida. Con Franco, se tuvo tiempo. Éste, en treinta y cinco años, nombró en total y para todo a cien ministros diferentes. ¡La República Francesa, entre 1919 y 1939, consumió más de mil! Italia en treinta años de la postguerra y treinta y tres ministerios sucesivos, ¡con muchos más aún! Sin que además los genios se destacasen especialmente.

¿De cuántos ministros franceses de entreguerras el público se acuerda todavía?

Franco, él estudiaba a los futuros ministros con la aplicación de un apostador de carreras de caballos. Nunca buscaba siquiera pescar un esturión multicolor. Elegía tras largas reflexiones a un hombre sensato que conociese su trabajo, o en quién había descubierto un don especial muy preciso. Le mantenía en sus consejos durante cinco años, ocho años, diez años. Una vez cada semana al menos, le hacía comparecer personalmente en su despacho del Palacio del Pardo. ¡Encuentro temible y temido! Nada se le escapaba. El gran servidor no podía permitirse un fallo en su documentación, un error en sus estadísticas. ¡Apenas le había saludado al retirarse, inclinado sobre una ficha, anotaba de inmediato sus impresiones!

Cada viernes, todo el equipo pasaba, en consejo de ministros, un examen general.

Así cada uno de estos hombres medios, obligatoriamente aplicado en su sector claramente delimitado, vigilado firmemente, daba un rendimiento máximo durante sus años de esfuerzos constantes y de dirección única.

Cuando uno de entre ellos comenzaba a creerse un ser de excepción y parecía querer morder un poco de la gloria y el prestigio del único jefe, o si, más simplemente, el tiempo, el cansancio, las costumbres debilitaban sus posibilidades creadoras, un cambio discreto de equipo liquidaba al colaborador que ya no le interesaba.

Franco no era brutal en sus maneras. Pero tampoco era un sentimental. Un motorista estruendoso llevaba al defenestrado un sobre sellado conteniendo agradecimientos amables del jefe del Estado. A veces, el motorista llegaba incluso tarde. El ex-ministro del Movimiento, después de Justicia, Raimundo Fernández Cuesta, uno de los grandes barones de la Falange, me comentaba, él mismo, cómo conoció su destitución. Una mañana, su coche oficial tardaba en venir a recogerle a su domicilio. Impaciente, terminó por llamar al teléfono del ministerio, su conductor no pudo sino responderle bastante apenado: “*¡Pero, señor, no sabe que usted ya no es más ministro!*”

El sobre del motorista le llegó por fin un cuarto de hora más tarde.

Como a todos los salientes, un gran cordón le fue concedido ceremoniosamente dos días más tarde. Pero era el fin, para siempre. Casi nunca, bajo Franco, un ex-ministro volvía a serlo. Un ministro de choque como José Antonio Girón, quien fuese el creador de la España social y que gozaba de una popularidad real (quizás incluso le hacía sombra...), esperó en vano durante diecisiete años para ser llamado de nuevo. Su vuelta hubiera satisfecho a las masas. Girón nunca fue reinvestido.

En esto, Franco era implacable. Pero un jefe de Estado debe serlo. Nada debe conmover su corazón, dictar su elección, poner en movimiento su voluntad, si no es del interés riguroso del Estado del cual ha tomado la responsabilidad, según las normas que él ha juzgado las más adecuadas.

En efecto, Franco tenía corazón y era de una gran fidelidad a sus amigos. Pero para aquello que estaba a su cargo o era su misión, sólo el fin y los resultados contaban. Los hombres eran instrumentos, medios de una acción, peones sobre un tablero. Se servía de sus colaboraciones pasajeras, inflexible y callado, y no pedía la opinión de nadie, no comunicaba su opinión a nadie.

¿Jefe de Estado? ¿Lo llegó a ser por vocación?

Dudo verdaderamente que, Franco, de joven hubiese soñado con ser un político. Él soñaba primero, simplemente, con ser un marino. Sí, es así. No pudiéndolo ser, se conformó con la vocación de soldado. Y lo fue durante dos tercios de siglo de modo ejemplar.

Convertido, con sólo treinta años, en un gran jefe militar, se puso en contacto, de

forma natural, con los grandes problemas que interesaban a este Estado que él pretendía servir con todas sus fuerzas, y que, ineludiblemente, conducían a la política. Las circunstancias agitadas, como que Alfonso XIII pasaba por los sobresaltos más diversos, monarquía liberal y desórdenes de partidos, dictadura esperanzadora del General Primo de Rivera, barrida en beneficio de la breve *dictablanda* de un sucesor indeciso, el General Berenguer, elecciones republicanas en las grandes ciudades. En seguida tras las cuales el rey, renunciando a dar la cara, enfiló en plena noche en su coche de carreras hacia la costa mediterránea, después se embarcó en un barco para después diluirse en el exilio.

Luego, los grandes burgueses liberales de la República de 1931 fueron, como ocurre generalmente en estos casos, desbordados por los extremistas. Se quemaban los conventos, el pueblo se complacía en el estruendo de las tracas; la anarquía descomponía las fuerzas del Estado. Franco, joven director de la Academia Militar de Zaragoza, había visto esta obra de su predilección aniquilada, la República era poca cuidadosa de formar elites al servicio del Estado, y no de los partidos.

Pero incluso entonces, Franco no se permite más que una imprudencia limitada y además exactamente calculada: en la hora de los adioses, lanzó a España, por encima de la cabeza de sus cadetes despedidos, una llamada al patriotismo. Fue su primera intervención abierta a la política. Contenía el germen del programa que sería la base del alzamiento nacional de 1936. Llamó la atención del país este joven jefe del cual todos conocían las hazañas legendarias en África, del que se sabía en cuán estima le tenían los espíritus clarividentes del extranjero (con treinta años, fue hecho comendador de la Legión de Honor) Este discurso tranquilo, neto, defendiendo firmemente los valores nacionales en peligro, fueron el golpe de inicio preliminar de su acción.

No obstante, durante los cinco años de la República, Franco se mantuvo al servicio del Estado sin plantar cara jamás. Cuando la República en peligro debió hacer frente a la rebelión feroz de Asturias (en Oviedo los ultra-izquierdistas en armas exponían colgados de los ganchos de las carnicerías a los seminaristas todos desnudos, abiertos en canal como cerdos recién salidos del matadero municipal) y que nadie sabía en Madrid como controlar a los amotinados, es Franco, Franco en persona, quien fue encargado por el régimen democrático de reprimir esta sublevación que desestabilizaba los cimientos de la República.

Él no participaba en complots. Nunca mantuvo más que distantes contactos, breves, más bien fríos, con José Antonio Primo de Rivera, jefe de la Falange, diputado elegido legalmente, de todos modos, según los cánones más democráticos. En efecto, los caracteres y los puntos de vista no coincidían. José Antonio era un revolucionario y poeta. Franco un pragmático, realista.

Decir que Franco no fue nunca fascista, siquiera en el momento del alzamiento de 1936 es del todo inexacto. Franco no era en absoluto un teórico o un profeta, sino lisa y llanamente un patriota bien pensante. Esta es la verdad. Su proclama al pueblo español, en la mañana del 18 de julio de 1936 bien podría ser firmada en Francia por un Coronel de La Rocque. Él se levantaba contra la intolerancia de la república masónica, contra las violencias marxistas que hacían imposible la cohabitación nacional, contra el desorden de la calle y la anarquía del Estado. Él ya no podía soportar más esa república de izquierdas que conducía a España al desastre, reclamaba el regreso al orden, llamaba a sus compatriotas al hermanamiento, a la justicia social, a la unidad nacional, era la honestidad patriótica, muy vibrante, pero en absoluto una llamada a una revolución del estilo de Mussolini o Hitler.

Él aceptaría más tarde algunos apoyos militares, limitados, de los regímenes fascista y nacionalsocialista. Pero, en la doctrina, estaba lejos de ellos. Admitiría, con el tiempo, ciertas fórmulas al estilo de estos países, pero en el fondo, se mantendría siempre en las realidades de un patriotismo español bastante conformista.

Nada en su mensaje decisivo de mediados de julio de 1936 tenía acento falangista. La palabra *Falange* ni siquiera se empleó.

Cuando Franco se convirtió en el jefe del nuevo Estado el 1 de octubre de 1936, José Antonio vivía aún. No sería fusilado en Alicante por los republicanos más que siete semanas más tarde. ¿Podría haber sido liberado? ¿Intercambiado? Es todavía un misterio... La impresión de algunos es que su regreso al bando de Franco hubiera provocado más bien un embarazoso asunto. En todo caso, incluso antes de que hubiera muerto, su lugar había sido definitivamente ocupado por Franco, a pesar de los esfuerzos considerables de los falangistas en los campos de batalla y que el ideal falangista había sido, desde el 18 de julio, el motor de la acción de los nacionales.

A la prudencia, Franco sumaba el ardid, la astucia.

El verdadero jefe del golpe de Estado del 18 de julio de 1936 había sido, en realidad, el General Sanjurjo, y no Franco. Éste no se unió a su plan más que *in-extremis*.

Sanjurjo se estrelló sobre un muro al despegar de su exilio portugués en una avioneta sobrecargada de maletas donde se amontonaban demasiados uniformes resplandecientes. El General Mola, el alter-ego de Franco en el norte de España, buen soldado, pobre político, se asustó en seguida de la idea de asumir las responsabilidades de Estado. Quedaba José Antonio, el precursor convertido en un mito tras los barrotes de su prisión en zona republicana. Descartarle en ese momento era casi impensable. Por eso fue necesaria la sutilidad secreta de Franco para atraerse a los generales de la sublevación, sus iguales, a confiarle el poder antes que José Antonio hubiera reaparecido. Hubiera bastado que la astucia de los republicanos hubiera sido tan aguda como la de Franco para que José Antonio, liberado hábilmente, no tomase rápidamente en Burgos los tintes de un rival, rival doctrinal y místico, temible, y que se enfrentasen unos contra otros, los diversos clanes nacionales.

Los generales que debían decidir, apenas estaban convencidos, algunos estaban celosos de la promoción inaudita de su joven colega. ¿Por qué él y no ellos? Franco hablaba menos que nunca, colocando delante a dos o tres de sus fieles, obtuvo finalmente de sus compañeros, tras dos jornadas de intercambio de puntos de vista bastante duros, la dirección militar única, después la *jefatura del gobierno*. Pero a esta palabra, que limitaba el concepto político del poder, su hermano Nicolás, de un plumazo, la transformó, en la misma imprenta del diario oficial en *Estado*.

Venía a ser así el jefe del Estado. Pero un jefe todavía poco seguro. José Antonio estaba todavía vivo en su calabozo. Los generales no manifestaban más que un entusiasmo mitigado. La Falange no le concedía más que un apoyo relativo. Sin embargo, este 1 de octubre de 1936, acababa de ser ejecutado el verdadero golpe de Estado que le aseguraría a Franco un poder virtualmente absoluto durante cuarenta años, mientras que aún, ese día, políticamente, no era aún más que un principiante, no preconizaba sino una doctrina bastante conservadora, sin impulso revolucionario.

Todo estaba por hacer y todo se hizo, paso a paso. ¡Con que maestría Franco no iba a aplicarse! Silencioso casi siempre, acechando cada presa de forma hábil para no perjudicarla, temporizando, concediendo, componiendo, dosificando, justo lo suficiente para granjearse comparsas reacias, sin la palabra de más que hubiera podido perjudicar a la hora en que la concesión dejaba de ser útil, sabiendo que la posesión de la fuerza es,

sin embargo, lo esencial en la hora decisiva, en la hora cuando hay que no unir, pero si soldar los adhesiones.

No habían transcurrido seis meses cuando todos los movimientos políticos que constituían las palancas populares de la sublevación, la Falange, los Requetés, los Monárquicos, fueron forzados a la fusión. De buen grado, de mal grado. Más bien de mal grado que de buen grado, puesto que el jefe de los monárquicos tuvo que exiliarse en Portugal, y el sucesor de José Antonio, Hedilla, que había refunfuñado, escapaba por poco al paredón e iría, durante numerosos años a conocer las más amargas prisiones.

Franco apenas apareció en la batalla, empollándose rápidamente en el húmedo jardín del obispado de Salamanca los *Doce puntos de la Falange*, mientras que Serrano Suñer redactaba las órdenes de unificación y, complementariamente, ¡las órdenes de arresto! Franco se adjudicaba así la autoridad suprema sobre este movimiento unificado que quedaría siempre bastante heteróclito pero aseguraba definitivamente su autoridad.

La gloria de los combates, después la victoria difuminarían a los opositores. Casi callándose, Franco pudo meter en cintura a los discípulos a menudo recalcitrantes, aniquilar toda demagogia doctrinal, convertir las corrientes violentas u opuestas en ríos estables de una evolución política y social moderada, que siempre, desde Zaragoza, fue su objetivo. De este movimiento vagamente asexuado pero firmemente mantenido bajo control, Franco llegaría a hacer un instrumento de propaganda fácil de manejar, extremadamente eficaz, gracias al cual, durante casi cuarenta años, mantendría la unidad de la nación y aseguraría el contacto con las masas, engendrando el más suntuoso de los referéndums.

La habilidad para utilizar el falangismo en favor del franquismo fue extremo. Quién hubiera podido todavía reprochar a Franco de haber contado en poco a José Antonio si le había tratado después de la guerra como nunca un rey de España había sido tratado, como el primero de ellos, enterrado en El Escorial por encima de ellos. De José Antonio muerto - que dejó por tanto de ser un rival posible - se le convirtió en el profeta del nuevo Estado, el frente ciñe-laureles, entre rosas y estrellas, llevado en un cortejo fabuloso desde su prisión al corazón de Castilla en hombros de todo un pueblo, en una marcha nocturna cegadora de miles de antorchas.

Esta captación del movimiento por Franco fue una obra de arte de sagacidad política. La captación de sus dirigentes que constituían la base misma de la nueva España sería también sutil. Franco les emplearía unos tras otros, o unos contra otros, sin jamás alzar la voz. Sus ministerios prudentemente escalonados utilizarían de forma sucesiva, o simultánea, o contradictoria, todas las tendencias. Los conservadores y los viejos monárquicos canosos tendrían que hacer equipo con los jóvenes cachorros como Girón. Unos, que habían decepcionado, desaparecerían por la trampilla de la desgracia. Otros, que se alegraban demasiado pronto de su importancia, se hundirían con la misma discreción. El Opus Dei alcanzaría el cenit gubernamental cuando Franco estimó útil su concurso; sería ensombrecido, sin que ningún grito vano resonase, el día en que este concurso se reveló comprometedor. Un Fraga Iribarne conoció una caída inversa, liquidado en el momento en que sus enemigos del Opus Dei habían provisionalmente vencido.

En efecto, nadie a Franco le importó nunca.

Franco no desdeñaba hacer ningún concurso cuando el elemento a utilizar le parecía interesante y eficaz. Utilizar. Es esto. Él utilizaba. Utilizó incluso a Joaquín Ruíz Jiménez, hoy el más marxista de los demócrata-cristianos, muchacho encantador, corazón noble, inteligente y vivo, que fue bajo Franco un excelente ministro de

Educación, el tiempo para Franco de sacar de él su máximo rendimiento.

Estoy convencido de que, de haber sobrevivido más tiempo aún y en buena salud, Franco hubiera sido perfectamente capaz de realizar con los mismos hombres que utiliza ahora el rey Juan Carlos I una evolución *democrática*.

Juan Carlos fue formado en todos los aspectos por él, a lo largo de numerosos años. Incluso en el instante de morir, Franco le renovó patéticamente su confianza, imploró a los españoles seguirle como le habían seguido a él mismo.

Franco hubiera sin duda preferido, en el fondo de sí mismo, que España se mantuviese mucho tiempo aún con las instituciones seguras que había creado para ella y cuyo rendimiento había sido probado a lo largo de cuarenta años.

Pero para Franco el futuro del Estado dirigía toda reacción en prioridad. Oía las grandes críticas exteriores. Sentía que la España nueva que había forjado debería, más pronto o más temprano, adaptarse a esa Europa que la rodeaba. El hecho que, desde 1974, eligiese él mismo, con pleno conocimiento de causa, como último jefe de gobierno, a un Carlos Arias decidido a rejuvenecer las instituciones, a dar formas más directas de representación popular, a hacer participar plenamente a España en el proceso de unificación de los pueblos europeos, está perfectamente claro. Franco, con ochenta años, comprendió que no asistiría a esta transformación profunda. Sin duda incluso temía que disturbios graves acompañarían a España, o que el resultado de la evolución se revelase defectuoso, como se reveló bastante defectuosa la edificación europea actual, privada de un gran impulso idealista.

Pero el hecho que Franco, a dos años de su muerte, tuviese interés en poner delante, tras una madura reflexión, a un Carlos Arias, del cual se le conocía el plan reformador y que había llamado la atención de su pueblo sobre un Fraga Iribarne que nombró su embajador, después de haber sopesado la interesante personalidad a lo largo de ocho años durante los cuales fue su ministro, dice mucho sobre la firmeza cívica del viejo jefe.

Sin ilusiones vanas, con pesar quizás incluso, pero de forma deliberada y metódica, Franco preparó así una sucesión que significaba la inevitable mutación de su obra, mutación de la cual él sabía que debería incluso, más o menos, soltar las amarras durante algún tiempo si quisiese, como él mismo lo había hecho en 1945, para tranquilizar en el extranjero las reacciones irracionales.

“Todo está bien atado. Todo está bien amarrado.” Tales fueron, casi sus últimas palabras.

Sin el valor que este jefe de Estado tuvo en abrir, con sus propias manos, las compuertas de un futuro del cual él podía temer sin embargo, que pondrían en peligro su edificación, la España postfranquista hubiera podido languidecer en el aislamiento o incluso, a semejanza de Portugal, resbalar hacia el desastre. Fue quizás en esta humildad frente al futuro cuando Franco fue el más grande.

En el presente es casi temerario hablar de activos. La Europa izquierdista ha de tal forma ultrajado a Franco que, para volver psicológicamente a la situación y reintroducir a España en Europa, será sin duda indispensable, durante algunos años, el hacer como si Franco no hubiera siquiera existido, mientras que, sin él, España hubiera sin duda permanecido, como en el curso de los siglos precedentes, un barbecho mísero, o bien, pasado bajo el control de los *soviet* en 1939, hubiera apuñalado a Europa al fin de la Segunda Guerra Mundial.

El tiempo se encargará de aclarar amores y odios. Levantará objetivamente la estatura histórica de mentor prudente, que, sin brillantes vanas, con calma y constancia, sacó a

su pueblo de los escombros del pasado polvoriento que le asfixiaba y lo llevó, en pleno renacimiento, a la vanguardia de una Europa hoy asediada. Mañana, ésta, desembarazada de sus complejos, sabrá agradecer a Franco este magnífico aporte físico, moral, económico, estratégico, puntos esenciales en su pujanza, y quizás incluso de su supervivencia.

“El aceptaría más tarde algunos apoyos militares, limitados, de los regímenes fascista y nacionalsocialista. Pero, en la doctrina, estaba lejos de ellos. Admitiría, con el tiempo, ciertas fórmulas al estilo de estos países, pero en el fondo, se mantendría siempre en las realidades de un patriotismo español bastante conformista.”

(Léon Degrelle)

